

Autor: *Vicente de la Fuente.*

Título: *Costumbres Estudiantinas. La Tuna.*

Publicación: *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

Ver. original: *Semanario Pintoresco Español, 1842.*

En el tomo 1º. de la 2ª. série del Semanario pintoresco se habló ya de esta materia; pero con todo, es tan vasta y peregrina, que ofrece dilatado campo á la imaginacion. Yo habia pensado escribir sobre ella lo que se llama una *obra lata*, poniéndole por título, *órigen de la tuna y causas de su decadencia*, con lo cual se hubiera dado cierta semejanza á la célebre obra de *Gibbon* sobre el imperio romano: pero como para esto tendría quizá que revolver todo el archivo de Simancas, que es cosa bastante pesada, me ha parecido mejor dar por ahora un trasunto de cierto manuscrito que escribió *el bachiller Sotanillas*, y me prestó la tia *Coleta*, sugetos á quienes ya conocerán los suscritores del Semanario, por el artículo de La fiesta de San Blas de Meco ⁽¹⁾.

Dicho manuscrito está redactado en estilo y con método escolásticos, y ademas contenia algunas aventuras picantes, y ciertas palabras é interjecciones, que ha sido preciso suprimir en obsequio de la decencia.

Así, pues, corregido, comentado y refundido, ha venido á quedar pasaderito, aunque siempre le queda cierto tufillo de aula. El manuscrito principiaba así.

⁽¹⁾ El día 9 de enero de este año.

“La tuna se define, una vida vagamunda y holgazana; pero en lenguaje estudiantil significa mas, pues equivale á divertirse, y comer sin estudiar.

Se divide en solitaria y simultánea.

La primera es cuando un estudiante se halla *declarado en trueno*; pero á pesar de eso continua durante el curso sus estudios, sin agregarse á ninguna pandilla, frecuentando la sopa de los conventos:” (esta definicion es de *in illo tempore*.)

La segunda es, cuando un estudiante se agrega con otros para *vivir á patio*, bajo las reglas de buena sociedad, y especular con su buen humor y sus instrumentos *pro pane lucrando*.”

Hasta aquí son palabras de Sotanillas: pero dejemos á un lado todas las teorías, definiciones, divisiones, subdivisiones, corolarios y escholios con que adornó su relacion, como igualmente la erudicion indigesta con que quiso hacer descender á los estudiantes de la tuna, de Homero, que recorría las ciudades de Grecia, cantando sus romances al son de su lira, y de los juglares de la edad media, que igualmente vagaban por los pueblos cantando al son de su bandolin, y haciendo reir á los ociosos con entremeses, á veces no muy decentes. En otra especie de disertacion, se empeñaba tambien Sotanillas en probar la utilidad de la tuna, enumerando las ventajas que de ello resultaban á los estudiantes pobres. Pero ademas de que la mayor parte de estas razones han caducado ya, hay otras muchas en contrario para desear que desaparezcan cuanto antes.

Dejando, pues, aparte todo esto, pasemos á la narracion de las aventuras de Sotanillas, que constituyen lo que pudiera llamarse la parte práctica. El original decia así, sobre poco mas ó menos.

Habiendo recibido de mi casa una remesa para paga de medio curso, determiné hacerla productiva, poniéndola á ganancia, con cuyo objeto me dirigí á la calle de Santiago, donde habia una comision permanente de *cané*, presidida por un condiscípulo mio. Yo pensaba haber hecho con mis cinco *ojos de buey*, (onzas de oro) el milagro de los cinco panes, pero me salió tan mal la cuenta, que en menos de media hora me quedé mas limpio, que patena de cura escrupuloso.

Salí de aquella casa cantando el Bartolillo, según aquella regla de que *cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca*. Entonces si que conocí que habia echado la cuenta sin la huéspedada, pues al referir ingenuamente mi derrota á la desapiadada Coleta, se puso como una sierpe, y en vez de compadecerse, me insinuó sin andarse con rodeos que podia tomar la puerta cuando gustase, pues no quería *estudiantes de Valdivia*. Para que el descalabro fuese completo, se apoderó de toda mi ropa &c. á cuenta de atrasos, protestando que aun no alcanzaba á cubrir el deficit.

Cojí mi guitarra (tal era ella, que no la quiso á cuenta) y un tomo descabalado del Sala, y me eché á la calle diciendo con aquel otro filósofo, *omnia mea mecum porto*, es decir, “mi equipaje no paga portes.” De resultas de un escrupuloso reconocimiento que practiqué en los rincones de la chaqueta, y en las encrucijadas de los calzones, descubrí en la relojera de estos últimos (desalquilada desde tiempo inmemorial) una peseta pecedora, que se habia escapado del naufragio general, por un olvido involuntario. Calculé que en aquel momento, lo que mas falta me hacia era un bolsillo, y ya iba á comprarlo, cuando me acordé de que aun me faltaban la cuchara y la ortera, emblemas de la tuna y condiciones *sine quibus non*.

Llegaba ya con aquellos utensilios al arco de la universidad en direccion á S. Diego, cuando ví allí cerca en la misma plaza un coche de colleras que acababa de traer á un sugeto de Madrid; ocurrióme

una idea brillante, y la puse en práctica sobre la marcha. Me acerco al cochero, y este me saluda con el inevitable. “¿Un coche, mi amigo?”

– ¿Cuánto quiere V. por llevarme hasta aquel convento?

– Dé V. pa una copa.

– *Ahi va*, que son palabras del caballo de copas, (y le dí todo lo que me restaba de la peseta); pero es preciso que vayamos á todo escape.

El cochero me miraba atónito: yo tomé posesion de la testera quieta y pacíficamente, y en un abrir y cerrar de ojos me hallé junto á la portería de S. Diego. Todos los pobres que estaban esperando el pote, se hicieron á un lado para hacer paso al caballero del coche, y alargaban una cuarta de geta para verlo. En esto bajo yo enseñando la hortera; los pobres se quedan absortos al vérmela, y yo con aire de superioridad les digo: “¿Hermanos, ¿qué tiene de estraño, que un aprendiz de ministro de hacienda venga en coche á la sopa de S. Francisco?”

Riéronse los pobres, y principiaron á echarme pullas; pero la pícara que me habia quitado mi dinero, no habia logrado arrancarme mi buen humor habitual, asi es que tenia para todos.

Salió el lego con la bazofia, y yo, llegándome el primero, le digo con aire marcial. – “Padre, eche V. bodrio.”

– ¡Oiga el insolente! ¿dónde ha visto á la gracia de Dios llamarla bodrio?

– No hay que asustarse, hermano Legumbres, á gran cazada gran horterada.

– Pero viendo que no me echaba mas que caldo de por encima, le dije: “Hermano, eche *de profundis*.”

Cansado el pobre lego de mi locuacidad, alzó el cucharón, y me respondió: – Tome *de clamavis*: – al mismo tiempo me sacudió con el cucharón un porrazo, que me entró el sombrero hasta los ojos, y me dejó hecho una soperá.

En tal estado marché hácia la Redondilla, en donde habia entonces una *leonera* (receptáculo de sopistas), dirigida por un tal S.... que contaba 30 años de estudiante de la tuna, y nunca concluia la carrera.

Conociendo el buen humor de mi padre, que era poeta, y que en sus juventudes habia corrido las mismas aduanas que yo, me decidí á escribirle una carta en verso dándole parte de mi situacion, y le dije asi:

Padre querido,
envíeme V. letras,
que estoy *perdido*.

Pocos días despues recibí una carta suya, que me regocijó el corazon, pues por el peso se conocia que traia tripas. Calculé que indudablemente le habia hecho gracia mi carta, y que á vueltas de saludables represiones y consejos me enviaría el cuervo de la providencia, trayéndome, no como quiera un mendrugo, sino aquellas tiras de papel que aunque las llaman letras, no están en el alfabeto. Pero fue harto cruel mi desengaño, cuando en vez de ellas, me encontré con estos versos leoninos, género de poesía al cual es muy aficionado mi padre.

¿Me pides letras,
trasto maldito?

toma ese alfabeto
todo enterito.

Y me enviaba todo un abecedario completo, con todas sus letras dobles y demas superfluidades.

Estuve casi para desesperarme, pues no solo me hallaba sin recursos, sino lo que es aun peor, sin esperanza de tenerlos en mucho tiempo, ni aun podia pagar los ocho cuartos diarios que pagábamos por la casa y por un colchon tan desvencijado como mi persona. En aquel momento hubiera yo tomado dinero, aunque fuese hipotecando para el pago la primera toga que me hubiesen de dar; pero hallé ninguno que quisiese admitir tal fianza, hasta que por fin un tuno de profesion me prestó hasta 12 reales sobre el manteo y los calzones, únicas prendas que estaban de buen servicio, pues las demas se hallaban en pie de guerra.

Por fortuna, pocos dias despues llegaron las vacaciones de Semana Santa, y viendo que el tiempo ofrecia bonanza, nos decidimos á levantar el campamento, y hacer una escursion por la provincia de Guadalajara.

II.

Eramos siete los que salimos de Alcalá con dos guitarras, clarinete y violin, pandereta y un salterio, que servia mas para llamar la atencion á los patanes, que de armonia, pues apenas tenia cuerdas. Yo tocaba mi guitarra punteada, y en la otra rasgaba uno que llamábamos *Pocosebo*. La pandereta la tocaba *Ruleta* (el partícipe de mis calzones), y llevábamos de *postulante* á uno que se llamaba el *Romo*, que aunque no tenia estudios, podia graduarse de doctor de doctor de *gramática parda*. Escepto este, todos los demás éramos personas decentes, solo que habíamos venido á menos. Con todo, teníamos que valernos de él, porque era de mucha travesura y bastante desvergonzado, aunque oportunísimo y de felices

ocurrencias, cualidades todas muy necesarias en un buen *postulante*, que viene á ser el alma de la compañía. Pero por otra parte era tan sison, que parecia haber estudiado con algun dispensero, de modo que cuando íbamos á entrar en algun pueblo de consideracion, subastábamos la limosna, y el que mas pujaba hacía de *postulante*, y se quedaba con todo lo que recogia, despues de entregar al fondo comun el tanto en que se habia convenido.

Despues de algunos dias de correría llegamos á Uceda, á tiempo que estaban reunidos allí muchos curas y vecinos de los pueblos inmediatos, con motivo de hacer una romería á la *Virgen de la antigua* para pedir agua.

Luego que llegamos allá, nos rodeó una turba de curiosos que nos acosaban con pullas, aunque á vueltas de ellas venian las pesetas y los tragos. Pasamos por junto á un corro de curas; estaba en medio de ellos un jóven, que tenia traza de ergotista, y disputaba con los otros con toda la fuerza de sus manos y pulmones. Luego que nos vió se encaró conmigo, y me preguntó: ¿qué estudiábamos? Deseando yo huir contestaciones, le respondí que aprendíamos náutica.

Quedóse parado el pobre hombre; pero reponiéndose algun tanto, me dijo: ¿*Quid est náutica?*

- *Exipitandum adorcocos et porsartitum aberruncandus oblatero.*
- Hombre eso parece latin, pero yo no lo entiendo.
- No es estraño, son términos técnicos.

Viéndose cortado el argumentante, principió á llamarnos vagos, holgazanes, repitiendo que éramos unos tunos, ¡cómo si nosotros no lo supiéramos!

Al oír yo que así nos llamaba, alargué la mano diciéndole:

Pues señor mío, *tu-nos ab hoste proteje*, que son palabras de completas.

Riéronse todos los de atrás, y el pobre ergotista, confuso y atortolado, nos volvió la espalda, ínterin que los compañeros me saludaban con el *optime trompetasti*, que era nuestra señal de aprobacion.

Llegamos al día siguiente á un pueblo, de cuyo nombre no quiero acordarme, y por la noche estuvimos dando música en una casa en que había baile; y fue tan generoso el amo, que despues de estar tocando tres horas, nos dió una peseta. Devolvimosela dándole gracias por su esplendidez, y ofreciéndole un duro si le hacia falta. Guardóse la peseta, rióse de nuestras pullas, y por mucho favor nos permitió subir á dormir en el pajar, por ser ya muy tarde. Costóle bien cara su hospitalidad.

El *Romo*, que tenía malas entrañas, quería nada menos que pegar fuego al pajar; pero esto lo repugnamos todos, pareciéndonos excesivo y de consecuencias funestas y trascendentales para nosotros, y para el resto del pueblo que estaba inocente. Estábamos meditando qué represalias tomaríamos, cuando hallamos una abertura para salir al desvan, y viendo que entraba luz por un agujero practicado en el suelo, nos asomamos á él, y vimos con no poco regocijo, que iba á dar sobre la cama del *rico avariento*, como nosotros llamábamos al huesped. Este, por lo que observamos, vinimos en conocimiento que dormía en una cama colgada, de aquellas que usaban antiguamente las personas amigas de comodidades; las cuales, para librarse de inoportunos insectos, hacían suspender las camas en el aire por medio de unas cuerdas que atravesando el techo, iban á parar á un torno, colocado en la

habitacion de encima. De este modo quedaban en el aire, y podian dormir columpiándose suavemente como los niños en la cuna.

Mucha estrañeza nos causó el ver aquel artificio para nosotros desconocido, y cada uno proponia el medio que mejor le parecia, para hacer una burla á nuestro generoso huesped; pero prevaleció por mas sencillo el que propuso *Ruleta*, encargándose de la ejecucion. Tratamos, pues, ante todas cosas, de asegurar la retirada, lo cual logramos fácilmente descolgándonos por la cuerda, y la polea que habia sobre la ventana del pajar, para meter la paja. Poco rato despues sonó un grande estrépito, y al mismo tiempo *Ruleta*, que era ágil como un gato, se descolgó él solo por la cuerda, y todos apretamos á correr.

Según nos contó este, su primera operacion fue subir la cama con mucho tiento hasta una altura escesiva, lo cual pudo hacer muy bien, pues habia una lamparilla en la alcoba, que le favorecia para ver lo que ejecutaba. En seguida ahuecó la voz llamando al amo por la abertura practicada en el techo: alzó él la cabeza despavorido, y tratando de incorporarse en la cama medio soñoliento, se pegó un coscorrón contra el techo, que le obligó á bajar la cabeza mal de su grado: á las voces acudió un criado medio en camisa, y no viendo la cama en el sitio acostumbrado, y oyendo los lamentos del amo sin ver casi de donde salian, se limpiaba los ojos muy apriesa. Entonces *Ruleta* soltó de repente las cuerdas, y la cama vino al suelo con grande estrépito y no poco perjuicio del amo y del criado, á colegir por los lamentos que se oian.

Por lo que hace á nosotros, no tratamos de averiguar el éxito, y corrimos toda aquella noche sin saber qué direccion llevábamos, y temiéndonos que los del pueblo viniesen en nuestra busca. Luego que amaneció descansamos largo rato en una arboleda, á orillas del Jarama, y por la tarde llegamos á Torrelaguna. Un viagero curioso y entusiasta hubiera ido al momento á visitar los retablos de su célebre

iglesia, el epitafio de Juan de Mena, y la casa nativa de Cisneros: Los estudiantes de la tuna tenemos mas prosa, y por tanto nos dirigimos á la taberna, sin dársenos un ardite por todos los recuerdos monumentales y arqueológicos. Desde allí salimos á correr las calles, segun nuestra costumbre, y cuando menos lo esperábamos, vinimos á purgar nuestras represalias de la noche anterior.

Llegamos á la plaza, y estábamos allí muy divertidos tocando nuestros instrumentos, cuando de repente abrieron una puerta del corral inmediato, y se abalanzó contra nosotros un torete de tres años, que nos embistió en un abrir y cerrar de ojos. Sorprendidos con tan inesperado ataque, apenas tuvimos tiempo para arrojar los instrumentos, y nos pudimos refujiar con mucho trabajo en un emberjado de hierro que hay en la plaza, alrededor de una cruz ó humilladero.

El pobre *Romo* fue el que pagó por todos. Estaba aquel dia de *postulante*, porque habia pujado la colecta de Torrelaguna en 26 reales: Hallábase, cuando salió el toro, de espaldas á la puerta, mirando á un balcon, donde estaban unas señoras, á las cuales estaba recitando el romance del estudiante:

*Ego scholasticus pauper
aunque en letras consumado
no puedo menos dicendi
magnum illud operatum.*

El pobre no vió al toro hasta que le avisó este su arribo, con una cornada que le rasgó todos los calzones, y *ainda mais*. Entre tanto nosotros estábamos metidos entre las berjas, como loros en jaulas. Aquellos patanes se reian de nuestro apuro á moco tendido, y ya los chicos principiaban á tirarnos pedradas, de las cuales apenas nos podíamos guarecer, cuando por fortuna llegó el alcalde, mandó recoger el toro, y llevar al hospital á nuestro compañero, que se

estaba desangrando, y los autores de la burla á la carcel. A nosotros nos mandó evacuar el pueblo sobre la marcha, y por mucho favor nos permitió estar hasta antes de salir el sol.

Acogímonos á casa del cortador, con quien habíamos hecho amistad en la taberna, y el pobre hombre se esmeró en obsequiarnos. Al ver unas tripas que tenia colgadas en el techo para hacer embutidos, ocurrióle al diablejo de *Ruleta* una idea soberbia. Se las compramos al cortador sin decirle el objeto, y despues de haberle hecho algunas preguntas para informarnos mejor, salimos de su casa dos horas antes de amanecer.

Al salir por la puerta de Buitrago hay una fuente de aguas gruesas, de la cual usa casi todo el pueblo, por hallarse enteramente inutilizado un famoso aqüeducto que hizo el Cardenal Cisneros para surtir de aguas á su pueblo, en el cual gastó cerca de un millon. Según la idea que llevábamos, atamos el un extremo de la tripa al caño de la fuente, y metimos el otro extremo por un agujero de la puerta de una casa donde vivia uno, que, segun la relacion del cortador, habia tenido mucha parte en nuestra burla. Con este artificio, y sosteniendo nosotros con nuestras manos aquel improvisado aqüeducto, hicimos pasar toda el agua de la fuente á la casa, y en poco mas de una hora inundamos el zaguán, y parte de la cuadra y la bodega. Ya nos íbamos á retirar, cuando principió á ladrar el mastin, que sin duda se mojaba, y las gallinas armaron un gran cacareo, porque les llegaba tambien su inundacion: oyendo esto, nos apresuramos á esconder la tripa, antes de que pudiese descubrirnos. Entretanto el amo, desvelado con los ladridos, baja la escalera, y al llegar al último escalon, resbala y cae al charco. Atónito y confuso sube arriba, dándose coscorriones por las paredes, abre una ventana, lanzando desaforados gritos, y al mismo tiempo recibe una buena pedrada de mano de *Poco sevo*: entonces pudimos nosotros decir, según aquel antiguo idiotismo; *que habíamos salido á mocha por cornada*.

Dos días después llegamos sin más novedad á nuestro cuartel general de Alcalá de Henares. Luego que dimos vista á la ciudad, nos sentamos sobre el cerro del Angel, desde donde se disfruta una estensa, sino hermosa, perspectiva de Alcalá, y su dilatada campiña. Tendimos los manteos en el suelo, y después de haber pasado á cuchillo (ya que no á tenedor) todo el resto de nuestras provisiones de boca, principiamos á partir los fondos, *inter presentes*, á uso de Universidad, pues con el *Romo* no se contó, por haberse quedado en Torrelaguna harto mal parado.

Eran los fondos 367 reales y algunos maravedises, y además un cubierto de plata que se había encontrado *Ruleta* en la cocina del *rico avariento* (por supuesto antes de perderse.) Partimos, pues, á 3 duros por barba, y echamos el resto al as de oros, como igualmente el cubierto.

Ya que teníamos tendidos los manteos y el barro á mano, no quisimos perder la ocasión. Echó *Ruleta* dos cartas, y luego otras dos; salió as en puerta y el rey á la vuelta, y quedó armada *la gloriosa*. Aquel día estaba yo de suerte, y así fue que les gané casi todo el dinero que acabábamos de partir, y algo más de sus ahorros, llegando á reunir cerca de dos onzas de oro, con las cuales me creí más rico que Crespo.

La fortuna me hizo insolente (como suele suceder), y no contento con haber ganado el dinero á mis compañeros de tuna, les apuré la paciencia, de modo que *Ruleta*, que había quedado sin un cuarto, ni esperanza de tenerlo, me pegó una puñada que me bañó las narices en sangre. Declarándose todos contra mí, y después de insultarme tuve que darles el barato.

Con esto me decidí á separarme de tan honrada compañía, y entré por la puerta de Santiago triunfante con 100 reales, y las narices rotas.

Iba pensando interiormente en las vicisitudes de mi suerte, y tarareando entre dientes la coplilla de la *tira-floja*:

á la tira-floja perdí mi caudal,
á la tira-floja lo volví á ganar.

y me dirigía á casa de la Coleta para insultarla á mi placer, cuando se interpuso un bedel y me mandó seguirle á la cárcel de la Universidad. Allí encontré á mis compañeros de peligros y de fatigas, conducidos para purgar, como yo, las bromas de tierra de Uzeda y de Torrelaguna, que ya habian llegado á noticias del tribunal académico.

En la cárcel lo pasamos bastante bien, porque.... pero esta ya es harina de otro costal.

Por fin, despues de recibir una carta muy larga y muy desabrida de mi Padre, los consejos amorosos y los socorros secretos de mi madre, una reprension y apercibimiento del cancelario de la Universidad, y la intimacion del catedrático de quedarme al cursillo, salí de la cárcel, y me dirigí á casa de la Coleta, la que me admitió á su gracia y me devolvió la ropa, mediante á que ya estaba reintegrada de sus deudas, y pagada hasta fines de curso, por órden de mi padre.

El manuscrito concluia con estas palabras. “En cuanto á las lecciones que aprendí en la tuna, renuncié por entonces su práctica, pero no he olvidado aun la teoría.”